

DOCUMENTALISTAS ARGENTINOS



PARA UNA FUNDAMENTACIÓN GENERAL

Fernando Buen Abad / Movimiento de Documentalistas

Reconocerse como movimiento (acción... práctica) exige definir fuentes, márgenes y alcances. Este Movimiento, con vocación de amplitud, no es mezcolanza. Posee preferencias, posiciones, prejuicios y contradicciones en estado de trabajo autocrítico. Nos mueve cierta necesidad de acción que propone lenguajes audiovisuales en construcción permanente. Nos convocan y movilizan las acciones humanas documentadas, documentales y documentables que construyen objetiva y subjetivamente la realidad. Nos unen y motivan las ganas de contribuir en lo posible al enriquecimiento y transformación del documental en simultáneo con la transformación de la realidad toda. Se trata de un Movimiento que se autodefine en la práctica como una acción no indiferente de las luchas por la libertad humana. Sin dogmas.

Existe un tejido teórico y práctico que da cohesión inicial a la construcción de este Movimiento. Se trata de un tejido de ideas y hechos tramado por una combinación de experiencias y esperanzas. Son ejes de trabajo documental que se nutren en la fragua del ensayo y el error. Sobre la afirmación de que el documental es "acción"; sobre la necesidad de profundizar y enriquecer la idea de "realidad", "documento", "comunicación"... se levantan respuestas y apuestas hechas trabajo documental, nuestro y ajeno, que no hacen sino agudizar el dilema. Acción, sí, pero ¿hacia dónde? Nuestras respuestas, pobres, enriquecieron la idea de movernos en conjunto. No hay otro remedio.

No hay mejor remedio. No tenemos ganas de sectarizar nuestras incógnitas existenciales en torres de marfil académico para disfrazarlas de prestigio. No tenemos ganas de acaudillar la redención de un trabajo expresivo para conseguir préstamos, financiamientos, fama o sex appeal en el mundo del glamour filmico. No tenemos ganas de abrir campeonatos mundiales con halagos de ida y vuelta. No tenemos ganas de sentarnos a mirar complacidos y cómplices el trabajo de otros sólo por el gusto acrílico de contemplar por contemplar. No tenemos ganas de hacernos nuestra verdad a medida para lucir sobre las pasarelas intelectuales nuestras ideas a la moda. Nos une y mueve también el hartazgo contra todo eso. Si tenemos ganas de meternos y comprometernos con el trabajo de buscar y compartir búsquedas. Es decir, generar acción desde de las ideas hasta las plateas. Cabe en el documental la certeza

de la duda, la ignorancia dinámica que nutre a la ciencia, la construcción de herramientas de comunicación que hacen audible y visible la acción social.

Si queremos una construcción colectiva de la comunicación toda. Si tenemos en la cabeza la palabra revolución para que al cuestionarla nos cuestione, para ponerla en su sitio y nos ponga en el nuestro. Tenemos en mente también la palabra libertad para que no se olvide victimada en los muladares del terror que nos quiere mudos. Si tenemos en mente la necesidad de organizarnos mejor, trabajar y profundizar nuestra condición de trabajadores del documental y lo que nos une, iguala, compromete y enamora de la fuerza organizada de todos los trabajadores.

Si queremos transformar el orden imperial de las comunicaciones con un trabajo sistemático, disciplinado, científico y poético en pleno Movimiento. Inacabado, provisional y en transformación permanente este Movimiento sería nada si no fuese convocatoria. Y peor sería si fuese convocatoria sin programa. Pero programa en serio, es decir, estimulante, creador y revolucionario. No queremos repetir esquemas que alguna vez fueron serios y murieron de solemnes. También estamos hartos de eso. Así que con nada que perder nos movemos en grupo con vocación multiplicadora. Tenemos entre manos una brújula audiovisual que nos heredó la historia. Orienta la acción y fija un rumbo.

LAS HUELLAS EN LA CAVERNA

Miguel Mirra / Movimiento de Documentalistas

Todos sabemos que los documentalistas somos unos pocos, entre los millones de oprimidos. Pero también debemos saber que tenemos una misión que cumplir. Una misión nada prescindible. ¿Conocen las pinturas de la Cueva de las Manos? Ese, me parece, es el mejor ejemplo de cual puede ser nuestra función. Más allá de quienes seamos cada uno, todos y cada uno tenemos que dejar las huellas entrelazadas de nuestras manos en fondo de la caverna oscura. Entonces, esas serán las huellas de todos, no sólo las de cada uno, no sólo las de los documentalistas, sino las de todos. Pero para eso, al igual que los pintores del río Pinturas, podemos ser cada uno un par de manos que dejen

sus huellas propias e irrepetibles pero, por sobre todo, tenemos que ser un conjunto de manos que dejen un tejido entrelazado de huellas que hablen por todos, no sólo por nosotros, sino por todos.

¿Saben qué? Yo sólo puedo hablar por mí, pero junto con ustedes puedo hablar por todos. Junto con todos. Entonces, el trabajo documental pasa a transformarse en el trabajo de todos y cada uno, atravesado por una autoría a la vez individual y colectiva. Un entretejido donde cada hebra existe por sí, pero entre todas hacen la manta que nos abriga del invierno. Se acabaron, entonces, las pretensiones de estrellato, porque la única estrella pasa a ser la intrincada huella colectiva que construimos entre todos. Se acabaron también las disputas de cartel o marquesina. Nadie buscará dejar sus huella más arriba que las de los otros, sino más entrelazada. Y se acabaron los mercenarios y los funcionarios: no se pueden dejar huellas con las manos enguantadas. Pídanme que me despelleje las manos tratando de dejar mi huella junto con sus huellas, pero no me pidan que me ponga guantes.

PARA RAYMUNDO, EN NUESTRO DÍA

Jorge Falcone / Movimiento de Documentalistas

Hubo una época en que el único cine posible fue documental. En ese entonces, un Día de los Inocentes de 1895 para ser más precisos, una "diapositiva" monocromática y silente se convirtió en locomotora en marcha hacia el público. Y fue como para decir una vez más: "Que la inocencia les valga". Que no era la vida misma, como pretendiera el diario *Le Post*, sino el origen de un arte desconocido, de una industria en ciernes, y de un nuevo *standard* en la representación de la realidad. Prosiguió su marcha aquel tren, cuya primer escala fue Lumière.

Y arribó a una latitud donde el mundo se convulsionaba en tránsito hacia un nuevo orden social. Esa estación se llamó Dennis Kauffman, más conocido como Dziga Vertov, que tuvo fe ciega en el objetivo de su cámara. Y la cargó a bordo del convoy para documentar el primer ensayo del sueño de Marx y Engels, de Trotsky y Lenin, sobre la faz de la tierra. Y recibió estrictas instrucciones del estado en pos del más absoluto realismo, pero siempre se las ingenió "El hombre con la cámara", para dejar poesía en todos los rincones de su obra. Luego nuestro tren arribó al Ártico. Concretamente, a la Bahía de Hudson, y esa escala se llamó Robert Flaherty. Nos dejó como herencia la pertinacia de quien no cede al siniestro que consume la primera construcción de un iglú. Y reincide, si es preciso, subordinando la realidad a su mando, estrenando "Nanook". La familia del esquimal se excusa, ante el estreno, porque éste ha sucumbido en una partida de caza frente a un oso polar. Como pasará más tarde con el cañero Ramón

Gerardo Reales, esos protagonistas de una nueva mirada no llegan a enterarse que ya son parte de la historia.

En la estación siguiente, que se llama Grierson, contemplando "Moana", esta mirada se bautiza con el nombre de documental. Y deja una sola obra quien saca del anonimato a nuestro oficio sobre el sacrificio del pescador de arenques. Pero también nos deja la Escuela del Documental Británico, que comparte con Cavalcanti, Hitchcock, Mc Laren. Y dice, ya confinado a trabajar para una dependencia estatal, "si vamos a abordar la historia del correo, contemos la biografía de una carta".

Y entonces el tren arriba a una de las estaciones más solidarias, que se llama Joris Ivens, que lejos de todo pintoresquismo procura la verdad en los campos de batalla. Y, en tiempos de desalambarrar, nos posa su mano generosa sobre el hombro saliendo padrino de la Cinemateca Uruguaya. Va al encuentro ese tren de otra escala, etnográfica, que en el norte se llama Jean Rouch y en el sur Jorge Prelorán. Y es entonces que "el buen salvaje" de Flaherty abandona la construcción de iglúes, adquiere voz propia y arma, en pleno Chaco, un órgano de caña para interpretar a Bach. Y la "barbarie" se yergue ante el "mundo civilizado" con el nombre de Hermógenes Cayo.

Para entonces, ya vienen flanqueando a nuestro tren las manos cobrizas de América, que claman al mundo "¡Tire dié, tire dié!" Y de paso por el Caribe, saluda ese tren al noticiero de una tierra joven, que despierta de la pesadilla del capitalismo salvaje y, de la mano de Santiago Álvarez, recurre sin prejuicios al futuro videoclip y al fotomontaje.

Para muchos pueblos es aún noche cerrada, mas desde el sur del mundo crece la resolana que anuncia el arribo de *La hora de los Hornos*. Entonces sí, llegamos por fin a la estación prevista por un viaje tan arbitrario como provisorio, porque ya están dadas las condiciones en nuestra tierra, después de tres años de relevamiento etnográfico y en medio de la pólvora, para que surja Raymundo, intelectual orgánico del movimiento revolucionario al igual que Walsh y venido al mundo para imprimir la historia en celuloide, a razón de veinticuatro fotogramas por segundo. Al decir del autor de "Operación Masacre", "sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso (...) de dar testimonio en momentos difíciles".

Nuestro tren viene marchando desde hace 107 años. Si hay una estación terminal para su viaje, se llama DIGNIDAD DEL HOMBRE. ■

En el Teatro de la Ranchería, la sala del Movimiento de Documentalistas, México 1152, San Telmo, Buenos Aires.